

## ÚLTIMAS TARJETAS POSTALES DEL EXTERMINIO PATAGÓNICO. TRAMAS IDENTITARIAS, REPAROS CIENTÍFICOS Y USURPACIÓN DISCURSIVA EN GERÓNIMA DE JORGE PELLEGRINI

Carlos Hernán Sosa  
Universidad Nacional de Salta, Argentina  
chersosa@hotmail.com

La buena voluntad de los biznietos tuvo el efecto del rémington de los bisabuelos. Aquéllos asesinos por ignorancia y por fe soberbia en una ciencia sólo de técnica y laboratorio; éstos, asesinos uniformados enviados por los ávidos defensores de la 'economía libre' y el alambrado. Osvaldo Bayer. "Un libro que nos enseña a dudar" (1990: 14-15).

Si así como miramos, fijamente  
enlazando el ojo a la belleza  
o al espanto, un detalle cualquiera  
encanto del afuera. Así también  
nos miráramos. No al otro, al propio  
A nosotros mismos. ¿Lo hallaríamos?  
Diana Bellesi (2000: 123).

### *Un eslabón en la serie*

En 1976, en Trapalco, minúsculo paraje en las proximidades de El Cuy –un pueblito de la provincia argentina de Río Negro que muchas veces ni siquiera aparece en los mapas– una mujer de origen mapuche, Gerónima, sobrevive apenas junto a sus cuatro hijos pequeños, ante las penurias existenciales y las adversidades de la naturaleza patagónica. Un día, una patrulla policial pasa cerca de su rancho y frente al estado sanitario y de abandono de la familia decide trasladarla a un hospital.

La construcción discursiva del espacio patagónico tiene una extensa tradición que se remonta a los viajeros coloniales y perdura hasta nuestros días. Los diversos modos en que la escritura tramó representaciones de los lugares y sus habitantes –a menudo anulados por la designación imperativa del "desierto"– constituyen un elemento fundamental para comprender las estrategias empleadas en la apropiación discursiva de lo "otro" y las propias auto-representaciones del observador ocasional. Por ello, *Gerónima* de Jorge Pellegrini es un caso paradigmático del contacto con la etnia mapuche donde puede recuperarse el manejo táctico de una escritura que "escenifica" la relación con la alteridad. En este artículo proponemos un análisis de este doble juego de espejos,

Recibido: 10 de septiembre de 2007  
Aceptado: 5 de octubre de 2007

Carlos H. Sosa. Últimas tarjetas postales...  
*Estudios* 14: 28 (julio-diciembre 2006): 149-170

Durante la internación, y a pesar de los tratamientos médicos y psicológicos recibidos, Gerónima no puede adaptarse al ámbito hospitalario, sufre de crisis nerviosas y en un ataque de furia golpea a sus hijos. Los médicos entonces deciden reinstalarla en su hábitat original, una decisión que opera cambios positivos inmediatos en la madre. Luego de tres meses de reinserción en la estepa patagónica, Gerónima y sus hijos ingresan nuevamente al hospital, esta vez realmente enfermos a causa de una coqueluche que habían contraído en la internación anterior. Con pocos días de diferencia, Gerónima y tres de sus hijos finalmente mueren.

Ante este terrible cuadro, un médico, testigo y copartícipe en las tareas llevadas a cabo durante las internaciones, en un intento casi catártico por responder sobre las “equivocaciones” de la ciencia y realizar un *mea culpa* frente a la sociedad, se erige en abogado espontáneo de las víctimas y decide contar “la historia”. He aquí, de manera simplificada, el embrión narrativo de *Gerónima*, con sus aristas trágicas y contradictorias; un ámbito fructífero para que se definan modos de tramar discursos identitarios<sup>1</sup>.

\*

Desde las primeras apreciaciones de los viajeros coloniales, iniciadas con el relato de Antonio Pigafetta *Viaje alrededor del mundo* de 1520, el espacio que con el transcurso del tiempo habría de designarse como Patagonia, en el extremo austral del continente americano, sería fundado como una geografía desolada, escasamente poblada por una

que opera entre observador y observado, mediatizado por la escritura y la legitimidad del discurso de la ciencia.

*Palabras clave:* Jorge Pellegrini, *Gerónima*, discursos indentitarios, mapuches, otredad.

*The Last Postcards of Patagonian Genocide. Identity Webs, Scientific Objections, and Discursive Appropriation in Jorge Pellegrini's Gerónima*

Language construction in the Patagonian area has an extensive tradition that begins with the colonial travelers, and continues today. The diverse modes in which the writing weaves representations of different places and their inhabitants –often canceled by the overpowering characteristics of the “desert”– constitute a fundamental element in understanding the strategies used in the discursive appropriation of the “other”, and the self-representation of the casual observer. In this, *Gerónima* de Jorge Pellegrini is a paradigmatic case of contact with the Mapuche tribe, where the

particular saga de habitantes –de seres y de animales, a veces fantásticos–; como un territorio que parecía reclamar, en la serie histórica de esta construcción discursiva, por el necesario poblamiento y el consecutivo ingreso al “mundo civilizado”.

Es en este sentido que dichas apreciaciones funcionarían como la justificación textualizada de ideologías que desde las metrópolis postulaban y congregaban criterios –y auténticas coartadas– exploratorios, científicos y militares, íntimamente motivados por el segundo afán expansionista del occidente europeo<sup>2</sup>.

Dentro de los ejes transversales que despertaron el interés de estas miradas foráneas sobre territorios que fueron evaluados –desde ópticas tan dispares– como la última reducción de los bestiarios medievales, como los cobijadores de ocultas riquezas o como los inquietantes páramos de la soledad y el vacío, la figura del aborigen se desempeñó como un elemento central<sup>3</sup>. A partir de ella, el viajero, el explorador, el científico, el militar, el médico –es decir, los diferentes tamices implicados en cada mirada– habrían de construir una imagen biselada que rescataba y se admiraba frente al otro y al mismo tiempo aportaba –de manera sesgada pero contundente– autorrepresentaciones del propio observador. En verdad, se reconstruía identitariamente al otro a la sombra de la propia autorrepresentación identitaria, en un complejo juego de espejos, cuyas versiones la escritura pudo registrar y resignificar, y que hoy nos continúa acercando apreciaciones bifrontes sobre aquellos encuentros incidentales, que habrían de sucederse prácticamente de manera ininterrumpida hasta finales del siglo XX.

strategic use of a writing that “dramatizes” the relationship with alterity can be rediscovered. In this article I propose an analysis of this double play of mirrors that operates between the observer and the observed, mediated by writing and the legitimacy of the discourse of science.

*Key words:* Jorge Pellegrini, Gerónima, Discourses of Identity, Mapuches, Otherness.

\*

Continuador involuntario de esta genealogía, a comienzos de la década de 1980 en Río Negro se publica *Gerónima*, el breve libro del médico Jorge Pellegrini, entre cuyos ejes de discusión la confrontación con la representación institucionalizada del aborigen patagónico genera tensiones y distorsiones. Pues se aprecia una fuerte impronta del discurso médico y etnográfico, a partir del cual se construye discursivamente la figura del otro y, al mismo tiempo, se trama un discurso identitario –legitimador de la civilización y la ciencia– cuyo representante es el propio narrador.

*Las peculiaridades discursivas y de difusión*

Tras el primer contacto con *Gerónima* se devela uno de los aspectos más significativos del pequeño volumen: la especial materialidad discursiva que le otorga la variedad genérica de sus componentes, debido a las consecutivas variaciones que fueron adicionándose en el proceso de reedición del libro; sumativa de modalidades discursivas que fue moldeando una textura compleja hasta alcanzar la “versión final” de la que hoy disponemos. El libro terminó por incorporar no sólo componentes verbales sino incluso una serie de paratextos icónicos que también dan cuenta del tránsito y las repercusiones sociales del texto de Pellegrini. Dada la diversidad de géneros discursivos<sup>4</sup> empleados, resulta útil presentar una organización de la misma.

Si respetamos el orden de aparición en la lectura, nos encontramos con los siguientes géneros:

- 1) El fragmento del poema de Juan Sánchez que sirve de epígrafe.
- 2) El prólogo a la primera edición.
- 3) El prólogo de Osvaldo Bayer, a la cuarta edición.
- 4) El texto de *Gerónima*, que se construye mediante una sucesión de diversos componentes discursivos, organizados bajo algunos títulos, que se alternan con espacios de la página en blanco:
  - a) Los diálogos, entre el narrador, Gerónima y Eliseo –el hijo mayor.
  - b) El relato en primera persona, que realiza el médico narrador Carlos Pellegrini.

c) Las frases, sangradas y en itálica, que en varias oportunidades constituyen extracciones tomadas de los géneros discursivos anteriores.

5) El vocabulario.

6) El artículo de Jorge Pellegrini “Mapuches: vida, locura y muerte”. [Reproducido de la revista *Temas de Psicología Social*: n° 5 (noviembre de 1983)].

7) El artículo de Jorge Pellegrini “Identidad y enajenación”. En el mismo se incorpora, además:

a) Una cuarteta mapuche.

b) Otro breve poema mapuche.

c) La carta de un lector de *Gerónima*.

Existe entonces una verdadera polivalencia discursiva que se ve vehiculizada por la variedad textual, y que en una primera aproximación parecería aunarse bajo una tesis rectora: Gerónima y sus hijos son las nuevas víctimas de formas recientes de coacción y aniquilamiento del aborigen patagónico.

En este sentido, el prólogo de Osvaldo Bayer actúa como un decisivo elemento legitimador de la tesis, en tanto que asume la voz autorizada de un sujeto ampliamente informado y comprometido con la historia de la región; un compromiso del que dan prueba, por ejemplo, sus cinco volúmenes de *Rebelión en la Patagonia*, referidos a los incidentes de las revueltas anarquistas en el sur argentino, durante la década de 1920.

También resulta significativa en el prólogo de Bayer la lectura prototípica que enfatiza en su interpretación de la historia de Gerónima; a la vez que se perfilan ciertos ecos anticientificistas, que anticipaban algunos ribetes del intenso debate sobre la posmodernidad de la década de 1990. Entonces, el destino de Gerónima representa “la parábola real del individuo frente al mundo real” (Bayer, 1990: 15), ella es una víctima de la “ciencia deshumanizada”, su imagen se reconstruye de manera idealizada como una figura en consustanciación con su entorno natural, en el cual había podido –no voluntariamente, claro– mantenerse aislada de los íconos apocalípticos de la modernidad: “el automóvil”, “los ruidos de motores” y “el televisor”<sup>5</sup>.

Tras ser adaptado al cine en el año 1985, por el director Raúl Tosso<sup>6</sup>, *Gerónima* logró mayores alcances y nuevas resonancias en el plano nacional argentino; el libro de Pellegrini se nutrió con cálculo de esta experiencia e incorporó quince fotografías del largometraje protagonizado por Luisa Calcumil, una reconocida actriz neuquina de ascendencia mapuche.

Hacia el final, y como corolario del discurso cientificista que acompaña todo el tomo –un aspecto central del libro, sobre el cual nos detendremos específicamente más adelante– se incluyen los dos artículos de Pellegrini, redactados desde una perspectiva crítica que, valiéndose de la historia de la protagonista, echa un manto de dudas sobre los beneficios de la medicina y los aportes del psicoanálisis.

Estos textos clausuran finalmente una diversidad en la cual también han ido dejando sus huellas los circuitos de difusión de la obra. La misma alcanzó sus contactos iniciales con el público a partir de las ediciones seriadas del folletín, durante el año 1982; primero en la revista *El Porteño*, de Buenos Aires, y luego en el diario *Río Negro* de la provincia patagónica. Con posterioridad tuvo una difusión más “artesanal”, en el sentido de que sus dos primeras ediciones en formato de libro fueron realizadas y difundidas por el propio autor, contando con el apoyo del “Movimiento por la Reconstrucción y Desarrollo de la Cultura Nacional”, de la sede existente en la ciudad rionegrina de General Roca, que como institución auspiciante del lanzamiento realizó el “Prólogo” a la primera edición en formato de libro del año 1984. Este proemio conserva las huellas de las motivaciones que acompañaron dicha edición, evidentemente el contexto de publicación del libro debe entenderse al calor de las repercusiones de la película de Raúl Tosso, cuya presentación también fue auspiciada por el “Movimiento por la Reconstrucción y Desarrollo de la Cultura Nacional” en la muestra artística “La cultura de la resistencia”, que se llevó a cabo en el reconocido Teatro General San Martín de la ciudad de Buenos Aires, durante los días 10 y 17 de junio de 1984, meses previos a la edición en libro de *Gerónima*.

Por último, hay que señalar que las adiciones fotográficas del film dirigido por Raúl Tosso, así como el prólogo de Osvaldo Bayer y los dos artículos finales de Pellegrini, se incorporaron al cuerpo discursivo de *Gerónima* recién a partir de la cuarta edición del año 1988; con ellos parece haberse arribado, por el momento, a la composición “final” del texto<sup>7</sup>. La lógica proteica, que parece regir la constitución de este volumen, ha sabido debatir con las repercusiones sociales de su difusión e incorporarlas a su propio proceso creador, en una amalgama compleja cuyo estudio aquí sólo anticipamos meramente y reservamos para otra oportunidad, cuando deberán revisarse las diversas mutaciones y readaptaciones que el discurso ha ido sufriendo, desde sus

fragmentadas –y periféricas– intervenciones a partir del folletín hasta la simbiosis “final” –de alcance nacional– lograda con el film, cuyos aportes icónicos resultan hoy prácticamente inescindibles del propio texto de *Gerónima*<sup>8</sup>.

Todos estos aspectos imbricados, desde la multiplicidad discursiva hasta la diversidad de difusión, colaboraron en la génesis de las imágenes verdaderamente caleidoscópicas –por lo variadas y oscilantes– que hoy conservamos de la figura de Gerónima y su entorno, en cuyas resoluciones podemos también atisbar la mirada sobre los conflictos y las imposibilidades de generar versiones discursivas sin fracturas sobre la identidad del otro<sup>9</sup>.

*Especulando sobre la identidad del otro: una apariencia reconocible para la “naturaleza patagónica”*

Desde la agudeza científicista de Charles Darwin, en su *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo. En el navío de S. M., “Beagle” del año 1839*<sup>10</sup>, las descripciones del espacio patagónico tendrán en la soledad y en la idea de vacío un eje vertebrador. Este tópico perdura aún en el epígrafe que abre *Gerónima*, pero esta vez desde una nueva apreciación: la noción de vacío se configura ya no como un rasgo “edénico”, como el reflejo de “un espacio virgen”, sino como el símbolo del exterminio y de la imposición/anulación cultural sobre el aborigen:

Y en tu mente vacía  
sólo dejaron  
una tenue línea horizontal  
y en tus ojos reflejado  
un absurdo paisaje  
de cruces y de rejas (9).

Esta elocuente duplicidad, la de la horizontalidad y el absurdo, que comparten la mente (de los sobrevivientes) y el espacio, parece constituir ahora la nueva fachada del territorio y del aborigen patagónicos. Sin embargo, esta caracterización descarnada no se sostiene de forma monolítica en *Gerónima*. La representación del espacio y de sus habitantes (en este caso la protagonista y sus hijos) guardarán paradójicamente, en varios sentidos, ciertas consonancias

con ese discurso etnocéntrico –que tenía gestos fundacionales en Darwin– y que daría los más conspicuos ideólogos, y diligentes promotores, en los intelectuales y los funcionarios estatales argentinos de la década de 1880. El primer discurso identitario, la construcción étnica representativa del otro, que se imagina y proyecta en la escritura de *Gerónima* –la primera cara del bisel del espejo– tiene que ver con una representación del aborigen monitoreada desde esa percepción, una configuración discursiva que pretende recuperar los aspectos más significativos del grupo de pertenencia de la protagonista.

El mito de “la raza blanca” de la nación se fundó, en la Argentina, encabalgando el genocidio y la negación existencial del aborigen, desde una percepción orgánica que canonizó la fórmula civilización-barbarie, munida del utillaje performativo que continuaba aportando el *Facundo* de Sarmiento –desde su primera edición de 1845<sup>11</sup>. Al mismo tiempo, y como contrapartida, contribuyó a imponer el “problema del inmigrante” –un conflicto general pero de incidencia ante todo regional, pues afectaba especialmente a la provincia de Buenos Aires y, en menor medida, al litoral– como el auténtico escollo en la construcción de la nacionalidad argentina.

Inconveniencia esta última que habría de zanjarse mediante la construcción de ideas-imágenes<sup>12</sup>, fuertemente operativas en el imaginario social, como la de “fusión” o “crisol de razas” que legitimaban la disolución de toda particularidad discordante, además, por supuesto, de aprovechar todas las alternativas regulatorias (educativas, militares, burocráticas, etc.) que el aparato administrativo e institucional del incipiente estado moderno argentino podía facilitar<sup>13</sup>.

En muchos pasajes, las apreciaciones del médico narrador de *Gerónima* funcionan, salvando algunas precisiones, como parte de la legítima prole hija de aquella frase lapidaria que abre el *Facundo*: “El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: el desierto (...)” (Sarmiento, 1959: 26)<sup>14</sup>. De este modo, cuando describe Trapalco, el paraje rural donde vivía Gerónima, expresa:

Aparece el nombre impreso [el de Trapalco] en el corazón de la planicie desértica, sin vías de comunicación, ni poblaciones. Lo más cercano –¿a cuántas leguas?– es un caserío reducido al que llaman El Cuy, como homenaje al pequeño roedor que puebla esos parajes. Un ratón que sirve para designar el inmenso territorio en el que se desparraman apenas escasos habitantes (22).

La visión negativa del espacio “despoblado” –un sinónimo velado de incivilizado–, una de las ideas-imágenes fuertes que habían sido impulsadas como justificativo para la incorporación de tierras, durante las campañas militares, a la Patagonia –iniciadas por un futuro presidente de la Argentina, el general Julio Argentino Roca, en el año 1879–, continúa operando casi de manera indisimulable, como en el caso de la cita precedente.

Aún más, existen increíblemente hasta ciertas vinculaciones deudoras de las concepciones del determinismo físico sarmientino; pensemos, por ejemplo, que la evaluación clínica a la que es sometida Gerónima será interpretada finalmente como una consecuencia directa de las determinaciones del espacio habitado:

¿Dónde queda Trapalco? ¿Será ése el diagnóstico?

Departamento de El Cuy. El más despoblado de Río Negro: 0,2 habitantes por kilómetro cuadrado. Para juntar una persona se requiere una superficie de 5 kilómetros.

Departamento de El Cuy. De cada cinco chicos en edad escolar sólo uno asiste al colegio. Y casi la mitad de la población nunca asistió. Como Eliseo. Siete personas (sobre 3.125 con posibilidades) conocieron estudios secundarios.

Departamento de El Cuy. La tercera parte de las viviendas son rotuladas por el último censo como precarias o ranchos. Faltan las cuevas, como la de Gerónima. (30)

No es precisamente esta construcción discursiva de un entorno físico, que termina promoviendo –desde objetables rigurosidades teleológicas– una existencia lamentable para Gerónima y los suyos, la única versión del territorio patagónico que encontramos. Como su contracara –y su contradicción– aparece también la versión de consustanciación entre la naturaleza y el aborigen, de la cual se hará eco la reseña del libro que realiza Bayer en su prólogo<sup>15</sup>.

Buena parte de las justificaciones éticas que parecen acompañar los planteos de denuncia de Pellegrini estarían fundadas en la deficiente comprensión de los modos culturales del otro, cuyas consecuencias se ven patentizadas en la muerte “evitable” de Gerónima y sus hijos. Sin embargo, y como venimos sugiriendo, la polivalencia del libro desestabiliza cualquier intento de sistema-

tización de dichos cuestionamientos, al punto que hay lecturas de las situaciones que funcionan en las antípodas de lo esperado.

En este sentido, las intersecciones con algunas apreciaciones del *Facundo*, una especie de manual fundamentado del exterminio aborigen decimonónico, resultan menores si se cotejan con otro de los procedimientos de coacción más sutil –aunque de potencia inversamente proporcional, más aniquiladora–, como es la reconstrucción de la voz de Gerónima; un verdadero *collage* que podría interpretarse como una especie de culminación en el proceso de apropiación cultural del excluido –y, paradójicamente, también del propósito subyacente de recuperar sus rasgos identitarios étnicos– que sólo logra expresarse, más bien balbucear, según las directrices de los bienintencionados usurpadores de su voz.

*Especulando sobre la identidad del otro: las “voces” y un “cuerpo” para Gerónima*

El gesto de instituirse en portavoz espontáneo de los sectores sociales desprotegidos, dentro de la producción literaria rioplatense, tiene una trayectoria extensa y modélica en la tradición gauchesca. Resulta interesante subrayar los puntos de contacto entre algunos de los presupuestos comunes que operan en la construcción de la voz gauchesca y la voz del indígena que se intenta recomponer en *Gerónima*.

En ambos casos, estamos en presencia de las resoluciones alcanzadas por un sujeto letrado, de formación libresca y con una trayectoria de vida y de experiencias generalmente urbanas, que genera un lenguaje artificial –con el cual pretende remedar los modos orales rurales de sujetos que, en la mayoría de los casos, no disponen del capital simbólico que significa el manejo de la lecto-escritura. Este desfasaje existente, entre sujeto/experiencia de vida/lenguaje de los sectores sociales desprotegidos y sujeto/experiencia de vida/lenguaje que los representa, actúa como verdadero catalizador de las manipulaciones ideológicas que intervienen a través de la porosidad que se facilita con estos desniveles. Asimismo, el conjunto de estrategias empleadas por el enunciador para “hacer hablar” al otro, paradójicamente, nos “dice” mucho sobre los modos en que él mismo se visualiza y se instaura –en el caso del narrador de *Gerónima*, como un representante de la civilización y de la ciencia. A partir de este juego, el narrador deja constancia de los rasgos distintivos, también identitarios, de su

propio grupo de pertenencia, y con ello va tramando un discurso identitario donde legitima sus modos de vinculación y de intercambio con el otro.

La “voz” de Gerónima padece entonces un doble direccionamiento: en tanto reconstrucción plena del narrador, y en tanto respuesta gobernada por la permanente interrogación. “Lo que dice” Gerónima y “cómo” lo dice constituyen los dos parámetros para modelar una voz que, a todas luces, y como en el caso de la gauchesca, está destinada a ser irrecuperable y a instituirse como versión apropiada para otras inquietudes y motivaciones del enunciador, en este caso para “hacer hablar” a la representante de la identidad mapuche y afianzar, de manera correlativa, el sostenimiento de un capital simbólico como el saber médico que detenta el narrador.

La gama de deformaciones, agramaticalidades, leísmos, confusiones sintácticas y modos propios de la oralidad, que se incorporan como parte de la voz de Gerónima<sup>16</sup>, y al mismo tiempo como modos de expresión discursiva aproximativos al colectivo aborígen, resultan quizás menos significativos que otros cruces interesantes que patentizan los mecanismos de apropiación de estas expresiones.

Entre estos fenómenos se destaca el manejo del interrogatorio, que se modula desde cierta visión etnográfica. El narrador selecciona una serie de interrogantes “adecuados” para entablar el “diálogo” con Gerónima y se autoconstruye como el intermediario del saber, como sujeto instruido en las formas de aproximación científica al otro. Pregunta por las fiestas, los juegos, el manejo de la lengua mapuche, los tejidos, la alfarería, la creencia en alguna divinidad, los rituales religiosos, los curanderos, desde una percepción acotada del otro, quien es ubicado en el inamovible lugar del objeto de estudio; un estatus que comparte con el del paciente, de allí entonces las preguntas sobre la alimentación, los remedios caseros, el tipo de vestimenta que utiliza en invierno, etc.

Este intercambio regulado desde las gafas del médico-etnógrafo-investigador, quien espera que el propio “objeto de estudio” nos “narre” su historia, no sólo se traiciona al delinear la existencia de una imagen discursiva identitaria –impostada, artificial y previa del aborígen– que está determinando el intercambio verbal, sino que por momentos no puede evitar la tentación de realizar interpretaciones personales sobre las situaciones que promueve el “diálogo aséptico” con Gerónima. En un pasaje, por ejemplo, valida su inter-

Carlos H. Sosa. Últimas tarjetas postales...  
*Estudios* 14: 28 (julio-diciembre 2006): 149-170

pretación sobre el vínculo del mapuche con la tierra, desde la experiencia de pertenecer a un lugar y la obstinación empeñosa por la resistencia:

Justamente: olvidamos la historia de todos ellos, la historia común que los unifica, que los representa e identifica. La historia pasada y presente de su modo de vivir. Su vínculo con la tierra. Su pertenencia al pueblo mapuche. Sus creencias y lenguaje. Olvidamos que son parte de un todo expropiado, despojado violentamente de sus antiguas raíces, que intenta resistir el lento exterminio, refugiándose en los restos de la tierra (46).

Estas percepciones idealizadas del narrador –que bien podrían sintonizarse como parte del proceso de simbolización del espacio patagónico, que caracteriza la última faceta de la periodización sugerida por Ernesto Livon-Grosman, para la literatura de viajeros patagónicos–, también se conjugan con la manipulación de las voces y los pensamientos de los personajes. Para ello, por ejemplo, se hecha mano de las posibilidades del discurso indirecto libre:

¿Cómo habrán vivido Paulino, Emiliana, Floriano y Eliseo los cuidados médicos, los estudios, el despliegue técnico dispuesto para tenderlos? ¿Qué es este lugar oscuro donde me ponen, me miran, me entran y me sacan? ¿Qué es este dolor que me da tanto miedo? ¿Qué es este encierro donde no elijo nada? ¿Dónde está mamá que no duerme conmigo? ¿Quiénes son estos que me rodean y no conozco? ¿Qué quieren de mí? ¿Para qué me dan de comer tanto? ¿Me engordan para comerme? (Livon-Grosman, 2003: 33).

O se fabrica un registro *ad hoc*, como en el caso de la reposición de la “voz sentenciosa y siempre sabia” de Gerónima, que incorpora frases del tipo: “Yo debo ser loca en este mundo de cuerdos que luchan por la normalidad” (53) o “¡No quiero que me den una mano, quiero que me saquen las manos de encima” (54), que no soportan una mínima comparación con aquellos remedos más verosimilistas de la oralidad, que representaban la voz de la protagonista en los diálogos.

Por otra parte, resulta interesante subrayar también los índices de incomunicación que surgen a pesar de la prolija conducción en el rescate de la voz

identitaria del otro; una particularidad evidente en la pequeña disquisición sobre la casa de Gerónima:

- ¿La casa donde están ustedes en Trapalco, es la misma que tenían su papá y su mamá?  
–Sí, la misma casa, ahí nomás estoy yo, yo me he criado y he nacido en ese rancho. Y ahí también está mi cuñado, cerca.  
–¿Y cómo es esa casa?  
–Y... casa de pared, pa' todos los lados tiene pared... y chapa, con techo. Chapa y tirantes, todo tiene.  
–¿Es una casa que está parada en el medio del campo?  
–No, está afuera del campo (24).

En *Gerónima* no alcanza a producirse un auténtico choque entre lenguas porque la protagonista ya no utiliza la lengua mapuche y resultan ambiguos sus planteos sobre la comprensión oral de esta lengua<sup>17</sup>, pero sí se escenifican estos problemas de comunicación en los intercambios verbales, frente a un código como el español que en rigor parece compartirse a medias con el médico<sup>18</sup>. En el mismo sentido, varias veces, la pretensión de “arcaizar” a Gerónima y su entorno –otra de las pruebas que permiten desmontar la existencia de una imagen estereotipada y previa del aborigen, como representante de un tiempo primitivo y lejano–, se ve sacudida por las señales de inclusión en el mundo contemporáneo. Por eso, el narrador percibe a veces cómo se estrellan y se desmoronan sus prejuicios, ante las respuestas “modernizadas”, “actuales”, de Gerónima:

- ¿Cuando trabaja le pagan con plata o con comida?  
–Con plata. *Contado*. Con plata tiene que comprar carne. Y le sobra todavía. Y ahí traímos alguna cosa: fideos, arroz, comida que falta (38; el subrayado es nuestro).  
–¿Los chicos juegan algún juego?  
–A las bochas, a las bochitas. La tiran pa' arriba. Y la barajan. Como una bocha.  
–¿Esa bocha es de piedra?  
–No, es de *goma* (43; el subrayado es nuestro).

\*

El segundo eje que queremos comentar en este apartado, el referido a la caracterización y las utilidades del cuerpo de Gerónima, también podría vincularse con el tratamiento de un tópico reiterado por la literatura argentina –desde la colonia y especialmente durante el siglo XIX–, como es la cautividad de mujeres; una excusa literaria que permite generar vasos comunicantes con algunas resonancias en el contexto de emergencia del libro.

Desde un comienzo, el discurso médico del narrador modeliza –observa, experimenta, registra y diagnostica– las variaciones producidas en los cuerpos de Gerónima y sus hijos, en tanto objetos de estudio [“Los cuatro ingresan sin patología” (26), advertirá en un comienzo], y hace un seguimiento de ellos a partir de los síntomas cuya evolución se va anotando y comentando en las historias clínicas, al tiempo que varios pasajes de éstas se irán intercalando en la narración. Nuevamente, las acciones de este recorrido resultan importantes para conocer las particularidades del discurso identitario al cual se adscribe el médico. Si en los modos seleccionados para “hacer hablar” a Gerónima se entreveían sus percepciones polarizadas para comprender la realidad patagónica –desde cierta continuación del sistema interpretativo del eje civilización-barbarie sarmientino–, en el caso de la manipulación sobre “lo que dicen” los cuerpos aborígenes se volverá a escenificar una de las prerrogativas de su grupo de pertenencia: como representante de la ciencia se muestra capaz de interpretar la corporeidad elocuente del otro.

Esta presentación de la corporeidad del otro, aparentemente no genera contradicciones con la “aplicabilidad” de los recursos médicos, las bondades de la ciencia parecerían ser –al menos en un primer momento– adaptables a todo el mundo. Sin embargo, cuando se realiza una apreciación del otro que transgrede lo estrictamente físico, por ejemplo al evaluar las posibilidades y las utilidades del psicoanálisis, el narrador tendrá sus serias dudas: “¿Crisis depresiva? ¿Tendrá Gerónima una depresión? Mejor dicho: ¿podrá ella tener un cuadro psicológico?” (34), “¿Era planteable el psicoanálisis en Gerónima?” (52), en una actitud que potencia la deshumanización de los personajes y prefiere reducir sus cuerpos al rol de únicos medios de comunicación con el médico. En un nuevo gesto útil para su autocompresión, las preguntas –cuasi

retóricas— de Pellegrini manifiestan otra vez las prerrogativas de los representantes de la ciencia: humanizar al aborigen como objeto de estudio clínico, deshumanizarlo como sujeto que quizás necesita un análisis psicológico.

Lo cierto es que los cuerpos de Gerónima y sus hijos ingresan al mundo de la civilización a partir de la violencia. La connotación de un rapto, que funciona como una perfecta relación inversa con las cautivas decimonónicas<sup>19</sup>, pues los personajes ya no son sacados de “la civilización” y enclaustrados en “la barbarie” —ahora son despojados de “la barbarie” para sucumbir en “la civilización”— nos acerca posibles lecturas alegóricas de esa incorporación obligada que termina por aprisionar y matar<sup>20</sup>.

Desde una lectura orientada hacia el contexto de emergencia del texto de Pellegrini, la violencia ejercida sobre los cuerpos aparece íntimamente vinculada con una serie de elementos que tolerarían una lectura refractada sobre la última dictadura militar en Argentina. Los hechos narrados transcurren efectivamente en 1976, Gerónima no llegó voluntariamente al hospital: mediante una patrulla policial “la llegaron” (21), le sacaron “la enrolamiento” (21), en su historia clínica se consignó que prestó “escasa colaboración” (23). El narrador insinuará además, jugando con la polisemia del verbo “desaparecer”, que “El mandato: ¡Desaparezcan! ha tenido distintas traducciones y mediaciones” (60).

Por último, en su artículo “Identidad y enajenación”, Pellegrini al comentar otro episodio lamentable sobre los procesos de aculturación, que involucraba a miembros de una comunidad mapuche de la provincia argentina de Neuquén, volverá a trazar de modo más explícito la noción de genocidio aborigen con la persecución encarada por el estado durante la dictadura militar:

Cosas de indios” rezan algunos titulares de serios medios de comunicación. “Son salvajes”, se murmura por lo bajo. Mientras tanto en todos los rincones del país, ágiles coches Falcon negros sin patente siguen practicando el genocidio, sin la menor repercusión (90).

Como acumulación de los fragmentos gráficos de voces que componen el montaje de los rasgos representativos y distintivos del mapuche, o como contundente prueba de la violencia de diversos agentes (médicos, económicos, políticos, estatales, etc.) sobre lo corporal, Gerónima y su historia actúan to-

Carlos H. Sosa. Últimas tarjetas postales...  
*Estudios* 14: 28 (julio-diciembre 2006): 149-170

davía como disparadores idóneos para interpelarnos con intensidad sobre los avatares de la identidad aborigen y sus relaciones –de pertenencia y de exclusión– con otros constructos, como es el caso de los discursos sobre la identidad nacional argentina.

*Propósitos éticos y trabas discursivas: conflictos en las percepciones de la ciencia*

El discurso médico de *Gerónima*, que hemos venido reseñando como uno de los elementos medulares que contribuye a representar un segundo discurso identitario que el narrador del texto percibe como propio, se autopropone, permanentemente, como muestrario de las limitaciones de la ciencia; por ello, desde el asombro y la impotencia que esta evidencia despierta en el médico, el texto intentará desacralizar por diversos frentes la imagen progresista de la ciencia.

Sin embargo, y en otra veta contradictoria, la ciencia no pierde nunca totalmente su halo arquetípico como única fuente reveladora de la verdad. De hecho, una vez contada la historia de *Gerónima*, resulta necesario incluir dos artículos (uno de ellos publicado en una revista de difusión científica) en los cuales la vida de la protagonista aparece barnizada con la tónica decepcionada y autoconscientemente crítica de la ciencia, pero a la vez tan indiscutiblemente vital y resguardada en su estatus de reservorio válido para esgrimir verdades.

Pues, a pesar de la construcción displicente del discurso médico, apuntalada por el escepticismo del narrador, hay una imposibilidad de rehuir a esta matriz discursiva que sigue funcionando –de forma subrepticia y en paralelo con la conmiseración– como la más apropiada para establecer la evaluación del destino desgraciado de *Gerónima*. La inclusión de los artículos de divulgación científica, con los cuales Pellegrini hermana su pequeña narración sobre el exterminio indígena patagónico, manifiesta la imposibilidad de disociar su historia ejemplar de la de un caso clínico representativo. Tan aprensiva resulta esta vinculación que al momento de decidir incorporar al libro una carta de un lector, Pellegrini elige deliberadamente la enviada por un esquizofrénico, internado en un hospital neuropsiquiátrico. En este punto otra vez resulta significativo el modo en que el representante de la ciencia reconstruye, mediante estrategias discursivas, las reglas de juego de su propio mundo de pertenencia;

sólo de allí, de lo conocido, puede extraer los elementos idóneos para interpretar al otro y para atestiguar las limitaciones de la ciencia al emitir juicios que no pueden avalarse desde sus propios utillajes metodológicos, regidos siempre por la observación y la experimentación.

Por todo esto, no sería arriesgado proponer, como uno de los ejes del libro, la tematización de una aporía evidentemente insuperable en la reconstrucción identitaria y la defensa de lo étnicamente impropio, en la imposibilidad de comunicación y comprensión del otro que esto genera. Una irresolución de orden real y material que acaba en la anulación –en este caso, la muerte de Gerónima y sus hijos– y que se proyecta en la ambivalencia discursiva que si bien ataca a la ciencia por su incapacidad para generar el bienestar del otro –y de manera extrema, como causante de las muertes–, al mismo tiempo no puede dejar de mostrarse seducida por su potencia enceguedora y la seguridad propia que brinda el discurso identitario colectivo de pertenencia. En este punto, el atinado dictamen de Osvaldo Bayer en el prólogo, donde subraya para el libro de Pellegrini la virtud de enseñar a dudar, debería interpretarse como un axioma que merece aplicarse también a la propia historia de Gerónima.

El discurso la reconstruye íntegra como sujeto: la acompaña sentimentalmente desde la lectura de Bayer, la observa clínicamente desde la lente científica del médico narrador, y, hasta por momentos, la impone como estandarte representativo de la identidad nacional argentina –en un país que fundó su nacionalidad sobre la base de la construcción del “mito blanco”, y no desaprovecha aquí la oportunidad de cooptar un resabio de su tradicional política de exterminio u olvido para con los aborígenes– y enarbola con la figura de Gerónima una tibia reivindicación. Es precisamente esta polivalencia –y sus utilidades–, atizada por la variedad textual y los planteos y disquisiciones contradictorios de la obra, el mayor logro alcanzado por el libro de Pellegrini, en tanto que nos invita a pensar sobre las limitaciones inherentes al rescate de la identidad del otro, sobre todo cuando los discursos identitarios a los cuales adscribimos entran en inevitable confrontación con la otredad.

En definitiva, los rasgos identitarios de la comunidad científica subrayados en el texto: la legitimidad social otorgada para debatir y definir los rasgos identitarios del otro, para legalizar las certificaciones de sus modos de intervención en la corporeidad del otro, la prerrogativa para detectar y operativizar cambios

en las formas de vida “incivilizadas”, pueden interpretarse como una sostenida justificación de las propias intervenciones sociales de la comunidad científica; sobre todo cuando los resultados finales, alcanzados con el devenir de los hechos, no parecen resultar compatibles con aquello que preveía “la lógica” del diagnóstico inicial. Puesto que la construcción y la permanencia de los discursos identitarios colaboran decididamente en las formas de posicionamiento social imaginarias de los individuos, y en los modos de organización de nuestras prácticas sociales en general, sirven también –como ejemplifica claramente esta parábola fallida de Pellegrini– para cohesionar internamente los proyectos que sustentan y movilizan a aquellos que adscriben a una identidad imaginada como la científica, para poder continuar así significando sus propias acciones “civilizadoras” en los complejos avatares de la realidad social.

#### Notas

- <sup>1</sup> Seguimos en este punto las consideraciones –en torno a la caracterización y la metodología de análisis– que sugiere Ricardo Kaliman para el estudio de las identidades –concretas e imaginadas– y los discursos identitarios (Kaliman, 2001, 2003 y 2004).
- <sup>2</sup> Una introducción a estas construcciones discursivas del territorio patagónico, puede leerse en Montaldo (1995), Prieto (1996), Nouzeilles (1999), Livon-Grosman (2003) y Bueno (2005).
- <sup>3</sup> En relación con este punto, aunque focaliza en la importancia de la representación del aborigen por su vínculo con el proceso de extensión territorial de la nación, Livon-Grosman considera que: “De hecho, las relaciones con los Tehuelches y Mapuches, dos de los grupos indígenas más importantes de la zona [patagónica], fueron al menos hasta su exterminio a fines del siglo XIX, un elemento determinante de estas narrativas fundacionales” (Livon-Grosman, 2003: 10). En realidad, y este trabajo intentará demostrarlo a partir del análisis de *Gerónima*, la utilización del aborigen –al menos en el caso de la Argentina– continúa participando, aún a fines del siglo XX, como elemento moldeado desde intereses que siguen vinculados a los debates sobre el problema de la nación. El aborigen ya no se instituye desde la negación, en tanto integrante de “la barbarie”, sino que “reaparece” en escena como un cuestionamiento al mito originario de la “raza blanca”, que se había instaurado como el legítimamente representativo de la nacionalidad argentina, desde fines del siglo XIX. Para ampliar estas consideraciones, resultan sumamente provechosas las lecturas que ha realizado David Viñas (2003 y 2005).

- <sup>4</sup> Seguimos en este punto la caracterización que ofrece Mijaíl Bajtín (1999).
- <sup>5</sup> Las apreciaciones que Osvaldo Bayer realiza sobre la protagonista son una contracara de la “parábola consumista” de la familia turca residente en Berlín, historia con la cual vincula el destino de Gerónima (Bayer, 1990: 15-16).
- <sup>6</sup> Debo aclarar que mi primer contacto con la historia de Gerónima se produjo cuando era niño, precisamente a través de la versión cinematográfica de Raúl Tosso, que se había difundido por el canal estatal argentino. Con el transcurrir del tiempo se produjo una segunda aproximación: mientras cursaba el cuarto año de educación secundaria, en el Colegio Nacional de la ciudad bonaerense de Quilmes, en la asignatura Historia Americana se me encomendó un trabajo práctico a partir de la lectura del libro de Pellegrini. A ese nivel de resonancia ha llegado *Gerónima*, mediante la incorporación para su lectura y estudio en algunos colegios de educación media de Argentina.
- <sup>7</sup> Por este motivo, en este artículo trabajamos a partir de esta edición “final”, que no ha incluido nuevas modificaciones hasta el momento. Desde la tercera edición en formato de libro, en el año 1986, el tomo ha sido comercializado por Ediciones Cinco, editorial porteña que ha distribuido ya tres ediciones: la de 1986; la cuarta del año 1988, que incluye las últimas variaciones, y la quinta de 1990, sin modificaciones. Todas las referencias y citas del artículo se hacen entonces a partir de esta quinta edición.
- <sup>8</sup> Un estudio de toda esta secuencia que incorpore la publicación y la difusión de *Gerónima*, donde podríamos recorrer el proceso de articulación de lo social con el texto –una circunstancia que con el transcurso del tiempo terminará incidiendo en la propia constitución discursiva de *Gerónima*–, transgrediría los intereses de este artículo. Por ello, lo reservamos como problemática de un estudio posterior que podría tener, por ejemplo, su eje articulador de análisis en los vínculos presentes entre historia y discurso literario.
- <sup>9</sup> En relación con este punto, Kaliman señala que, precisamente, en el caso de las identidades masivas o imaginadas se potencia una característica común a toda representación de los colectivos: el hecho de que la misma difiere en cada uno de los actores que se considera perteneciente a ellos, pues la autorrepresentación que cada individuo tiene de su colectivo guarda insalvables distancias personales con el grupo. Este punto se problematiza aún más, en el caso de *Gerónima*, al menos en dos sentidos: en primer lugar, porque se pretende reconstruir la identidad étnica del otro, y por lo tanto se agudiza el conflicto pues “cuanto más extensa la colectividad, más difusa e inestable será la pretendida unidad” (Kaliman, 2004: 7); y en segundo lugar, por el hecho significativo de que existe un narrador que no se siente parte del colectivo que incluye a Gerónima, y sin embargo se hace cargo de la recomposición discursiva de las particularidades identitarias de éste.

- <sup>10</sup> Hay ediciones recientes y más accesibles del texto de Charles Darwin (1921).
- <sup>11</sup> Para este aspecto resultan productivas las apreciaciones de Diana Sorensen, en su libro dedicado al *Facundo*, especialmente el capítulo 5: “La nación consolidada. La década de 1880 y la canonización del *Facundo*” (Sorensen, 1996: 131-180).
- <sup>12</sup> Utilizamos esta categoría según la acepción que le otorga Bronislaw Baczko (1991).
- <sup>13</sup> Una interesante confrontación entre las asunciones que tomaron México, Perú y Argentina sobre “el problema del indio”, en el proceso de construcción de sus respectivas nacionalidades, puede consultarse en el sustancioso artículo de Mónica Quijada (1994).
- <sup>14</sup> Transcribimos, por lo elocuente, la cita completa: “El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: el desierto la rodea por todas partes, y se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin una habitación humana, son, por lo general, los límites incuestionables entre unas y otras provincias” (Sarmiento, 1959: 26).
- <sup>15</sup> Resultan contundentes, por ejemplo, las vinculaciones establecidas entre la tierra y Gerónima; refiriéndose a dicho nexos con Trapalco el narrador especifica: “Zona de Gerónima y sus hijos. Zona de guanacos y de cuises, de mata achaparrada pegada al suelo para aguantar la nieve y el viento” (Pellegrini, 1990: 22).
- <sup>16</sup> Algunos ejemplos: “Le falleció la mujer”, “la enrolamiento” (por la libreta de enrolamiento), “la mapa”, “frezadas” (por frazadas), “por ai”, “traímos vicios” (el término vicio parece tener aquí la acepción con la cual se la utiliza en la literatura gauchesca, equivale a tabaco, bebida alcohólica, yerba mate y azúcar), “pulenta” (por polenta: harina de maíz), “pa’ conseguir”, “tramitos” (por trámites), “no lo vide más”, “Viema” (por Viedma, capital de la provincia argentina de Río Negro), etc.
- <sup>17</sup> En este sentido se alternan frases como: “En lengua [mapuche] algunas veces yo comprendo”; “En lengua no sé nada, señor”; “¿Cómo era? Yo sabía. Me estoy olvidando. Sabía pero ahora me olvidé. Ellos (los hijos) son muy chiquititos para saber” (48).
- <sup>18</sup> Sin embargo, los desniveles entre ambas lenguas resultan innegables; piénsese, por ejemplo, en el mínimo gesto lexicográfico del “Vocabulario”, que detenta la prerrogativa explicativa e interpretativa de la lengua del otro, en el cual se incluye una palabra mapuche: “choique”.
- <sup>19</sup> Para las posibilidades de significación de la figura de la cautiva, una versión del “mito blanco de la conquista”, consultar el trabajo de Cristina Iglesia (1987: 11-88).
- <sup>20</sup> En este sentido, pueden hacerse lecturas transversales con otros textos cercanos –temática y cronológicamente– como *Indios, ejército y frontera* de David Viñas, cuya primera edición de 1983 también habrá de usufructuar las posibilidades de

lectura sincronizada entre el genocidio aborígen decimonónico y los genocidios dictatoriales latinoamericanos del siglo XX, especialmente con el último régimen militar impuesto en la Argentina desde el año 1976.

### Bibliografía

- Baczko, Bronislaw (1991) *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bajtín, Mijaíl, M. (1999) "El problema de los géneros discursivos" en *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI, pp. 248-293.
- Bandieri, Susana (2000) "Ampliando las fronteras: la ocupación de la Patagonia" en Lobato, Mirta Zaida (dir.). *Nueva Historia Argentina. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 119-208.
- Bayer, Osvaldo (1990) "Un libro que nos enseña a dudar. (Prólogo a la cuarta edición)" en Pellegrini, Jorge. *Gerónima*. Buenos Aires: Ediciones Cinco, pp. 14-15.
- Bellesi, Diana (2000). *Sur*. Buenos Aires: Tierra Firme.
- Bueno, Mónica (2005) "Patagonia: el contorno de la literatura nacional". *Margens/Márgenes. Revista de cultura* 6/7: 88-97.
- Darwin, Carlos (1921) *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo. En el navío de S. M., "Beagle"*. 2 T. Madrid: Calpe.
- Iglesia, Cristina y Julio, Schwartzman (1987) *Cautivas y misioneros. Mitos blancos de la Conquista*. Buenos Aires: Catálogos.
- Kaliman, Ricardo J. y otros (2001) *Sociología y cultura. Propuestas conceptuales para el estudio del discurso y la reproducción cultural. Proyecto de Investigación "Identidad y reproducción cultural en los Andes Centromeridionales"*. San Miguel de Tucumán: Instituto de Historia y Pensamiento Argentinos, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.
- \_\_\_\_\_ (2003) "Los conceptos de identidad y de discurso identitario", en *Alhajita es tu canto. El capital simbólico de Atahualpa Yupanqui*. San Miguel de Tucumán: Proyecto "Identidad y reproducción cultural en los Andes Centromeridionales", Instituto de Historia y Pensamiento Argentinos, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.
- \_\_\_\_\_ (2004) "Para un concepto materialista de identidad". Trabajo presentado en el IX Congreso Internacional da Associação Brasileira de Literaturas Comparadas. "Travesías", 18-21 de julio de 2004, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Porto Alegre, Brasil. Inédito.
- Livon-Grosman, Ernesto (2003) *Geografías imaginarias. El relato de viaje y la construc-*

Carlos H. Sosa. Últimas tarjetas postales...  
*Estudios* 14: 28 (julio-diciembre 2006): 149-170

- ción del espacio patagónico*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Montaldo, Graciela (2005) "Espacio y nación". *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales* 5:3: 5-17.
- Nouzeilles, Gabriela (1999) "Patagonia as Borderland: Nature, Culture, and the Idea of the State". *Journal of Latin American Cultural Studies* 1:8: 35-48.
- Pellegrini, Jorge (1990) *Gerónima*. 5ª edición. Buenos Aires: Ediciones Cinco.
- Prieto, Adolfo (1996) *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina (1820-1850)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Quijada, Mónica (1994) "La Nación reformulada: México, Perú, Argentina (1900-1930)" en Annino, Antonio; Luis Castro Leiva y Françoise-Xavier Guerra. *De los imperios a las naciones: Iberoamérica*. Zaragoza: IberCaja, pp. 567-590.
- Sarmiento, Domingo Faustino (1959). *Facundo*. Buenos Aires: Ediciones Estrada.
- Scarzanella, Eugenia (2002) *Ni gringos ni indios. Inmigración, criminalidad y racismo en Argentina, 1890-1940*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Sorensen, Diana (1996) *El Facundo y la construcción de la cultura argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Viñas, David (2003) *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires: Santiago Arco editor.
- \_\_\_\_\_ (2005) "Sur: pasarela y matazón". *Caras y Caretas* 2191: 36-38.